¿En qué piensas cuando miras al cielo?

Cartas que serán leídas en *El Vocablo* de la Ciudad de México, el sábado 06 de octubre de 2018, a las 18:00 hrs.

Edición: Carlos Alejandro Ponzio de León

Dramatización: Rubén Castillo Rodríguez

Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 21/12/16

Mi cielo,

¿Te has preguntado por qué me encantan las estrellas? ¿Por qué me quedo silenciada ante la quietud de la noche? Es que, mi cielo, hay tanta música allá lejos, que sólo podéis oír con el silencio. es que es como mirarte a vos.¿Te acordáis de mí antes de estar juntos? Era como la noche sin astros.

Nadie te dice que las estrellas existen, nadie discute por eso, porque para todo el mundo es un simple hecho que está a simple vista. Pero yo, cuando tenía ocho o nueve años, era consciente que muchas cosas no eran como nos las hacían ver, creía saber la verdad; la luna no es un semicírculo siempre, el sol no tiene rayos así de tiesos, las nubes no siempre son tan formaditas y las estrellas ni existían…Era de noche cuando por primera vez en mi vida, iba a usar lentes: y al colocarlos, descubrí que la magia era real, porque había levantado mi vista al cielo, y por primera vez en mi vida vi las estrellas. Fue el momento más asombroso de mi infancia, había descubierto algo sobre lo que hasta entonces, nadie me había dicho. Jamás me contaron que las estrellas existían, que eran miles, y que siempre estuvieron allí, intentado ocultarse porque sabían que yo tendría un deseo profundo de robarlas.

Desde entonces no me canso de observarlas. Tú te ocultaste un tiempo de mi vida, pero ya viste cómo te robé. Al perderme en tu mirada, vivo el cielo, y siempre pensaré en vos al mirar el cielo, porque eres el cielo en mi tierra, en mis estrellas.

Con amor Giuliana.

(Giuliana Mendivil Alba)

Hermosillo, Sonora.

Aún en medio de toda la desesperación de la vida cotidiana y de los malestares de la salud, de la falta de punta al lápiz de un escritor, de la falta de tu presencia cada vez que abro los ojos… Aún en medio de todo esto, observo al cielo. Qué más me encantaría que ver tu rostro reflejado en una nube, porque me haces falta y lo sabes. ¿Recuerdas aquella noche, esa que lejos de la distracción del universo; la única entretención era el obscuro cielo? Aquella vez que mencioné tu nombre a los cuatro vientos, antes de que tus ojos se cerraran para reposar tu cuerpo… acudiste a mi llamado. Y con mi mano acaricié tu hombro ya cansado, y fijaste tus ojos en los míos, y mi mirada se perdió en la noche de tus ojos brillantes. Te hice una pregunta: ¿Cuántas estrellas puedes contar sin perder la cuenta? Tu rostro se mostró confundido, alzaste tu mirada y tus ojos solo se movían de lado a lado, bajaste tu rostro hacia el suelo y dijiste: “No lo sé, contarlas no he podido”. Y después me miraste, con sueño. Te susurré: ¿Qué estrella es la que más te gusta? Parpadeaste y tu mano izquierda me acercó hacia tu cuerpo, y la derecha señaló al cielo y dijiste: “Esa que está hacia la derecha de la luna, como tu apellido, esa me encanta porque me he desvelado contigo”. Entonces cada vez que miro al cielo, y que pierdo mi mirada en aquello… recuerdo con sinceridad el momento que dio vida a mis poesías, que le dio imaginación a mis escritos. Y esta carta, con amor te la dedico.

* Grecia Kristel Luna Valenzuela.

Veracruz, México.

Querida Scarlett

Para ti, quién nunca pudo ver las luces en el cielo, ni observar un primer amanecer, que solo en el vacío del manto de nuestra madre esperaste. Debo decirte que aquí, nosotros, nos quedamos igual, suspendidos en el vacío del universo, observando las estrellas, esperando a ver la luz y despertar por primera vez.

(Jorge Luis Viveros Moctezuma)

CDMX, a 21 de diciembre de 2016.

Mamá:

No se me permite verte, por lo que papá me dijo que podía escribirte, sé que has preguntado por mí y te aseguro que estoy bien; bueno, lo mejor que puedo estar. Sé que me extrañas, tanto como yo te extraño a ti, así que quiero que sepas que a pesar de todo no estamos completamente separadas.

Cuando miro al cielo nocturno desde el techo de la casa siempre pienso en ti y en lo lejos que estás. Veo las estrellas y la luna, majestuosas y distantes, es en ese momento cuando me doy cuenta de que la distancia entre nosotros no es tan grande en realidad, después de todo, vemos las mismas estrellas ¿no? Y la misma luna, nos encontramos bajo el mismo cielo.

Me gusta pensar que cuando veo la luna fijamente, tú estás haciendo lo mismo y con esta acción conjunta la distancia se reduce y es como si estuvieras a mi lado, juntas en el techo con la mirada fija en las estrellas, buscando formas en ellas y hablando por horas, como cuando era niña.

Espero con entusiasmo el día en que vuelvas a casa y dejes atrás esa habitación blanca e inmaculada con las batas livianas y olor a desinfectante. Entonces veremos las estrellas lado a lado y poco a poco nos olvidaremos de la angustia causada por esta guerra contra el enemigo invisible y malévolo que se hace llamar cáncer. Nos veremos pronto.

Con amor, tu hija.

- Diana Aimée Landín Romero.

Nuevo Laredo, Tamaulipas

Querida hijita:

Me dirijo a ti con amor y ternura, y a pesar de toda la locura de este mundo, te imagino en todo momento, y cuando miro al cielo, sutilmente me susurra tu asombrosa hermosura, ya sea de día o de noche.

Desde el fondo de mi corazón, te digo que me duele en el alma no poder verte, consecuencia de una relación fallida. Pero en una noche tan bella, estrellada y siendo el cielo mi testigo, me imagino tu bella mirada, profunda e impresionante como el mismo universo. Aunque ahora ya no estás aquí, no pierdo la esperanza de verte mañana, pasado mañana o algún fin de semana.

La luna y su brillante esplendor son tu radiante rostro, reflejo de un viejo amor. Una estrella fugaz que se dibuja en el firmamento se asimila a lo rápido que pasa la frágil vida.

Muchas veces, me erguí de palabras amargas, hirientes y demás batallas sin sentido contra tu madre. Espero que me perdones, hijita mía, por no haber retenido la relación donde debiste haber crecido.

Ahora ya es tarde, como me lo indica la luna, debí haber estado allí y protegerte, pero de la misma manera que el alba me va anunciando que ya se acabó la noche, mi soledad me avisa que ya no vale arrepentimiento alguno.

Hijita mía y cielo mío, esta carta ya carece de sentido, solo es un alarido de mi subconsciente y de mi deseo por llegar a conocerte.

Hijita mía y cielo mío, cambiaría el poder contemplar este hermoso firmamento si a mi lado hoy estuvieras presente, pero amargamente recuerdo... recuerdo... ¡qué has muerto en el vientre!

(Carlos Alberto Manzo Hernández)

Londres, diciembre de 2016.

Querida Paula:

Quiero volar como tú. Quiero sentir el aire en mi cara y ser verdaderamente libre, como tú. Poder escapar de la gravedad de esta ciudad. Darte la mano y sonreír. Dormir en el colchón de las nubes y mirar hacia abajo mientras no siento vértigo. Sentir sólo el calor de tu mano y el cobijo de tus brazos.

Cada vez que te miro es como mirar al cielo. Cada vez que miro al cielo es como ver tus enormes ojos. Cada mañana, cuando tu voz me despierta diciéndome “papá”, es como ver el cielo. Cada atardecer, cuando tu voz me acurruca diciéndome “te quiero”, es como ver el cielo.

Cuando miro al cielo, te veo a ti, Paula. Creciendo a nuestro lado, creciendo junto a tu mamá y a tu hermano Diego.

Ahora, aquí en la ciudad, se hace de noche. Cuando miro al cielo de la noche tu voz me cobija. “Te quiero, papá,” me dices antes de irte a dormir. “Buenas noches, Paula,” digo siempre mientras te arropo. Buenas noches, digo mientras miro al oscuro cielo de la ciudad.

Y ahora, aquí en la ciudad, comienza a amanecer. Cuando miro al rosado cielo, tu voz me da energía. “Te quiero, papá,” me dices antes de ir al colegio. “Te quiero, Paula,” digo mientras veo cómo tu sonrisa ilumina el cielo.

(José Manuel Maestre Rodríguez)

León, México, diciembre de 2016

*Ojitos de aceituna*:

Los últimos rayos del atardecer acarician estas letras, como si el sol mismo te las escribiera en mi vieja libreta. El cielo invernal me ha hecho pensar de nuevo en ti y debo decirte lo que me hace sentir. Se han bañado en oro las montañas y las nubes hierven en un ámbar impresionante. ¡Me encantaría tanto que estuvieras aquí! Pero sé que estás muy lejos, así que me conformo imaginándote en tu ventana, bebiéndote la tarde. Viajo de regreso a casa, así que terminaré esta carta en un lugar distinto a donde la inicié. Porque así es la vida, ¿no?, uno termina haciendo cosas que jamás soñó, en lugares no planeados, con gente que nunca pensó echar de menos. Y extrañarte es algo que me pasa desde que te conocí.

Caminaba ciego entre mis penumbras, hasta que tu mirada de jade inundó mi alma y el mundo reverdeció de nuevo. Viajaba sordo, hasta que tus palabras de mar acariciaron mi pecho, haciéndome recordar el cantar de las estrellas. Soñaba mudo, hasta que tu sonrisa de amanecer dibujó las palabras en mi boca que vuelan lejos y te tocan. Ahora eres la luna lloviendo entre mis sueños, las flores de sol ardiendo en mis recuerdos, la melodía de los grillos alumbrando mi noche. Dime, muchacha, ¿qué misterios guardas en el abismo dulce de tus ojos?

Te has sonrojado, lo sé, pero la culpa la tiene el cielo, que me ha inspirado. Con fe espero que una de estas tardes me lleves contigo, aunque sea prendido de tus cabellos, así como yo te llevo tomada de mi mano a donde quiera que llego. Y si regresar no puedo o si primero me olvidas, quiero que sepas que te quiere y te recuerda todos los días,

Miguel

(Miguel Ángel Florán Bautista)

Bilbao, Vizcaya, España.

Hola Elisa,

Hace ya meses que te fuiste y hoy recuerdo aquella tarde que salimos a caminar por el campo que queda detrás de la casa de tu abuela. La pasamos tan bien aquel día… Corrimos y reímos sin parar, y caímos rendidas al verde y mullido pasto. Ambas nos quedamos en silencio, mirando el azul del cielo. Había un par de nubes tímidas, pero por lo demás era un día espectacular. Tras un rato calladas, me preguntaste qué pensaba cuando miraba el cielo. Quiero confesarte que en ese momento te mentí cuando te dije que no tenía nada en la mente. Tenía miedo de decirte la verdad, temía tu reacción.

Antes, cuando miraba el cielo pensaba en las aves, en la libertad que les dan sus alas, en la posibilidad de llegar tan alto como el sol. Aquel día, sin embargo, pensaba en ti, en tu respiración al lado de la mía, en lo lindo que suena mi nombre en tu boca, y en la forma en la que asoman tus dientes entre tus labios cuando estás tumbada. Sí, pensaba en eso y no te dije nada y hoy no hago más que arrepentirme.

Tú te marchaste, volaste más alto que aquella pareja de águilas que perdimos de vista de lo chiquitas que se hicieron, volaste tan alto que no pudiste regresar. Tú te marchaste y nunca supiste la verdad. Hoy quiero decirte que desde el día en que emprendiste tu vuelo, sólo pienso en ti cuando miro el cielo.

- Ana

(Nagore Álvarez Saiz)

Ciudad de México, 19 de diciembre de 2016

A las nubes de Cracovia:

Mandé unas nubes hace ya unos años, desde mi cielo mexica hacia el suyo. Tan sólo un mensaje les di: nubarrones blancos que en el firmamento andan, vayan lejos hacia el quinto distrito de Cracovia a saludar a mi anhelo perdido.

Sería, tal vez, muy grande mi indiscreción de pedirles tanto a las mensajeras de la bóveda celeste, pero es que sólo ellas pudieron entender que cuando yo miraba el cielo, encontraba la puerta del Universo y, ahí estaba mí amado Sol. Lo veía radiante de ímpetu, vigilante con mirada agobiada, de esa que tienen los que ya se marchan.

Y así anocheció ese día a las 20:45, el Sol se fue y jamás pude despedirme de quien yo me enamoré. Pasé la noche bajo la intemperie, y las estrellas, mi única compañía, como testigos del gélido engaño de tu amor, de la ordinaria soledad de mi corazón, del vestigio de memorias acumuladas que se convertirían en falsos e incómodos recuerdos.

Ahora, aquí estoy de nuevo, guarda de las misivas que viajan por la bóveda pintada en cobalto. Un caminante más, seguidor de constelaciones, que busca sin parar respuestas en los astros. Mas las réplicas nunca llegan, sólo los ruegos se van. Y después de tantos años, yo ya no pido que éstas arriben al puerto de mis pensamientos. No, yo solamente escribí esta carta para mandar un mensaje más: Díganle pues, nubes, que cuando miro al cielo, sólo pienso en cuánto lo quise.

Con amor,

Un poeta más: Igraine Gabriel.

Ciudad de México a 21 de diciembre del 2016.

Querido amor perdido:

Nótese que en estos momentos mantengo la cabeza entre las piernas, mis letras quedaron grabadas en mi memoria, estoy hipnotizada en estos momentos, ya que en el momento en que miraba al cielo, me envenenó la luna. Me envenenó de tal manera, que la miseria que cubría mis pensamientos se esfumó; la luna me curó con su veneno, me hipnotizó.

Querido amor fugaz, te escribo para decirte que mi piel de papel se quebranta ante la dureza de tus palabras, que la luna alumbra sobre mi una especie de antídoto que me protege, que me procura, como tú no lo hiciste, que la noche es el consuelo de mi melancolía, que las estrellas son el universo de mis locuras y que los árboles son testigos del dolor que me produce tu partida. Querido amor perdido, mi amiga, la luna, ha grabado mis lamentos y los ha guardado en sus cráteres como producto del daño irremediable que nadie podrá curar, eres el culpable de que hoy la luna brille tanto; ¿Sabes por qué lo hace? Porque trata de que te encuentre yo con su luz. Querido amor perdido, la luna se ha vuelto mi confidente. Me robó mis ojos, me dejó ciega, pero me heredó, como prueba de fidelidad, la luz con la que hoy me quema. Ya solo soy un corazón liberado. Estoy ciega, pero la luz de mi amiga la luna, me guía. Se terminó todo en mí, mi olor, mi voz, mi calor, mis palabras, mis pensamientos, pero se quedó bajo mi resguardo, mi amiga la luna.

(MONRROY ARIAS LILIANA)

Desde los Campos de Marte.

Querida Flor:

Cuando miro al cielo, encuentro tirados a dos estudiantes en plenos Campos de Marte, en un Paris rebosante, cogidos de la mano. Nos decíamos que nunca se acabaría el mundo, que llegaríamos a la ancianidad unidos, y diciéndonos dichos preciosos porque éramos la pareja más bella de aquel lugar, la inmensidad de tus ojos eran como luceros que veíamos en la escarcha de la noche, satisfacíamos nuestros egos, pero hubo un momento de la charla, ¿no sé si te acordarás? que hablamos sobre la finitud, sobre los mundos paralelos, la existencia de ancianitas candorosas que poblarían el planeta de Santiago, o la fuerza que la gravedad tendría en otros mundos, ¿la forma de existencia sería telúrica?, o a lo mejor ahora se divertían viéndonos caminar en la tierra, y preguntándose ¿por qué Tierra?, ¡cuando el mayor espacio está ocupado por el agua que nos circunda!.

Miré al universo y te besé con tal fuerza, que hasta te hice daño, y me regañaste con una sonrisa despierta donde aparecieron los astros de tu boca, que iluminaban tu cerco, esos labios sonrosados y carnosos, que yo alababa como una esfinge de la época de Ptolomeo IV. Entonces sentí en mi corazón la expresión de eternidad, nunca podía acabar el tiempo con aquello que habíamos iniciado, ¿sería el tiempo en otros lugares una dimensión como en la tierra?, o quizás el universo no tendría tiempo, y sus migajas son los astros que van quedando en su expansión, dando color a las partes vacías del espacio muerto.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? Te envío esta carta desde Cuayocutan en México, a donde las oficinas de la multinacional me han desplazado, y aquí el cielo está cargado de turbulencias que hacen más histriónico el pasaje de nuestro firmamento, sé que en la India, donde estás actuando en la reconversión de la calidad del medio ambiente, deben tener otra luna, un incienso más sedoso, y una amalgama de reflejos de atracción lumínica que te hace acordarte de mí, lástima que el invierno nuestro no vaya a ser como lo diseñamos en los Campos de Marte, casi debajo de la Torre Eiffel, aunque los recuerdos están aprisionados en nuestro cerebro. Pero cuando escapan, nos vuelcan el interior como si fuésemos de paja.

Amada Flor, debo concluir aquí mi carta ya que he aprovechado el momento que tenía del día en mi habitación del Hotel para contestarte, y ya tengo al botones del alojamiento esperando para llevársela y poner los sellos que corresponda, es una lástima que aquí, en este planeta, tengamos un tiempo que no se puede rebobinar como una cinta para volver a sentir tu mano cálida y fuerte en la hierba.

Quisiera mandarte un gajo de aquellas estrellas que contamos en el cielo para que así pudieses ver que el amor no se disuelve en el tiempo, (no le quitaría al cielo nada más, no fuese a deshacer la visión de otros enamorados).

Recibe mis besos en la firma de esta carta.

(Fernando Javier Luis Baglietto González)

(Madrid, España)

Tampico, Tamaulipas, a 21 de diciembre de 2016.

Fer…

Durante cuatro meses, permanecí sujeto al sol y las estrellas. Soportando torrenciales, vientos helados; cubierto de polvo y de moho. Bajo los efectos del día nublado, de la noche serena; admirando de reojo el gran satélite, espiando quizás el descubrimiento de nuevas galaxias. Todo ello no bastaba, no era suficiente, usted permanecía atada, sujeta a mis entrañas; abordando cada pensamiento, reflexión, deseo. Es usted, señorita bien amada, quien se adueñó del enjambre, del bebedero, de la cúspide del hombre: en el cual creo, debo convertirme; para intentar siquiera estrechar su mano.

Miles de adjetivos no bastaron, pues necesito más; nuestro idioma se ha quedado corto, probablemente inicie un nuevo dialecto: uno donde usted, señorita, ostente cada concepto.

Nada es tan obvio como la sonrisa emitida por este humilde rostro, al estirar un brazo, imaginando rozar la más cercana de las estelas. Nada es tan obvio: cerrar los ojos, construir su figura. Admirando la danza sobre nubes de colores, humedeciéndose el cuerpo dentro del bello mar sobre nosotros, sobre nuestros ojos, allá, cerca del cosmos.

Desearía tantas cosas, señorita, ¡tantas cosas desearía! Pero comprendo: el anhelo no es motivo para conocer, empero tampoco es motivo para no proceder… al supuesto origen.

Con la mayor de las obsesiones, me despido: deguste usted del vino, que yo degustare del idilio.

*JHAA*

Tijuana, Baja California.

Reyna de mis demonios, conquistadora y explotadora de ellos:

Últimamente he estado viendo la orilla por donde se asoma la pálida luz de la luna. Luna Creciente, creo que así se llama. ¿La has visto?, ¿en su imagen me ves a mí?, ¿o sólo soy un recuerdo en un largo día?, ¿será un espejito del tatuaje en tu espalda? Bueno, tú sí estás en mi Luna Creciente (estás en todo YO). Es una hermosura iridiscente la de la Luna Creciente. Como la tuya. Aunque más Creciente que esa Luna lo es la hinchazón en la pena de no tenerte; pena más amarga y dilatada que cada caída de nuestro pleno amor en vuelo, porque no, no son lo mismo. No soy un hombre prominente, tal vez sea eso. Pero TE AMO. Te amo, mi Afrodita, tuya mi Ambrosia, porque te amo, mi todo en un pedazo de tanto que tienes, tanto que eres, estoy leyendo a Homero y no soy lo tanto que eres. ¿Quién sigue: Virgilio, más de Chinaski, W. Whitman, Dotoievski, o la tierna y puta de Anaïs? No, no le alcanza a la literatura, ni a las mujeres, ni a la naturaleza, ni al espectáculo de la vida en general, para ser lo tanto que eres. Porque eres un huracán de locura, terremotos de pasión y ternura, un incendio de pecado cenizando en el centro del infierno; eres belleza y subversión; el personaje principal del *¨dramedy¨* que a *Hollywood* no se le ha ocurrido; la mujer que las mujeres deben ser, indomable para el *status quo,* pero untuosa en brazos del amor; un milagro de Luzbel, no de Dios, no importa qué tanto diga Marine, la bella Marine que me detesta porque de tanto amor te he roto tantas veces (¿le contaste que el culpable no siempre ha sido el yerno? Lo sé, prefiere al nuevo.

Sé que no esperas a que regrese por ti. ¿Al menos lo has imaginado?, yo allí, escondido detrás del teléfono público anunciándote que traigo el corazón en una mano y las entrañas en la otra, todo decorado con mi amorcito sempiterno y la sonorilla de dientecitos quebrados y el aliento a azufre. Tan sólo como travesura de la mente, ¿se te ha ocurrido?, Eduardo oculto detrás de tu edificio con el amor por ti en marea alta, con el alma ladrando, con una nueva promesa izada al aire libre y el pecho empujado hacia adelante para otra flecha, enserio, ¿se te ha humedecido la mente, la entrepierna?, por morbo del pasado que no se va, tú con el carcaj en la espalda y el arco en las manos decidiendo qué darle al Pechiblanco, ¿qué darle si no un enorme chinga tu madre (con respeto a María Adela)?. Pero sé que no esperas a que regrese por ti, ni si quiera lo quieres. Eso puede cambiar, a veces pasa, lo que me enfría el esqueleto es que el presente llegó y no fue nuestro. El futuro va llegando y tampoco es de nosotros. Pero tampoco es pasado, no, mis latidos no conocen un ritmo que no sea el tuyo, de todos modos, aún bajo la pálida luz que se asoma en una orilla de la Luna Creciente, acompañado de algún algo o alguien, yo aún canto por ti, aún soy bueno por ti, aún vivo por ti, aún estoy negociando el cielo para ti, aún como la bazofia por ti, aún mi esperma sale a tu temperatura, aún tus ojos son el *absoluto*, aún el mejor aroma está entre tu cabello y cuello, aún tu sensualidad me vuelve loco, aún todas las sombras detrás del rabillo de la puerta pueden ser la tuya, aún tengo todo lo que una vez me diste, aún tengo esperanza de que un día vuelvas, aún la pálida luz de la Luna Creciente me tiene pensando en ti.

* Eduardo Carrillo V.

Mixtla de Altamirano, Veracruz. Diciembre del 2016

Querido Xóchitl:

¿Sabes?, hoy se estremeció mi corazón al mirar el cielo estrellado. Me vi acá, abajo en la tierra y vi la profundidad del cielo. La inmensidad del cielo me hizo sentir como el polvo que pulula en el viento, como la gota de agua que cae en el inmenso océano. Ese cielo que vieron mis ancestros, ese cielo que ha sido testigo de toda la historia de la humanidad, que alberga tantas experiencias, tantos miedos, tantos recuerdos, tantas risas, tantos llantos… ¿Es posible que ese cielo también contenga el inconsciente colectivo del cual habla Jung? No lo sé, pero lo que sí se, es que al mirarlo siento también una inmensa sabiduría, una caricia de aquello que anhelo, como cuando un niño desea algo con todas sus fuerzas, realmente desearía hacerle preguntas al cielo y que él me contestara. Le preguntaría de mi paso por este mundo, del por qué es tan paradójica la vida, entablaríamos una gran charla filosófica, hablaríamos de Sócrates, de Sartre, de Nietzsche, de Fromm, de la música, de la danza, de la belleza de un amanecer, de lo hermoso que debe de ser para él mirar de cerca a la luna, le diría, señor cielo ¿Cómo le hace para cubrirse de los rayos de sol? ¿Del frío del invierno? ¿De una gran tormenta? Definitivamente sería un momento sublime, aunque pensándolo bien, tal vez yo me quedaría sin palabras, impresionado, o tendría tantas preguntas que no le haría ninguna. En verdad me gustaría entablar una conversación con el cielo.

Y no quería dejar pasar esta importante ocasión de contarte, aquello que sucedió cuando miré el cielo.

Con cariño:

- Ulises.

(ULISES SÁNCHEZ OREA)

Ciudad de México, Diciembre de 2016.

A mi añorada Diana Rivero:

Hace noches abrí mi ventana y al fin entraron nubes que, ahítas de románticas leyendas, me acechaban. El chirrido melancólico que emanaban las brumosas ovejas, a las cuales alguna vez arrinconé en un lejano corral, parecía pulular desde una vieja locomotora y no se detenía; se volvía inquietante y me asfixiaba. Mi casa se infestó en un instante y yo no podía hacer nada, pues estoy muy viejo como para lidiar con ellas. Los ovejunos intrusos aún rondan en mi cabeza. Acepté que lo mejor sería olvidarlos ¡Y vaya que lo estoy logrando esta vez! Pues lo he olvidado casi todo. Por eso escribo esta carta, antes de olvidar hacerlo. La escribo mientras aún pienso en ti —mientras sólo pienso en ti — como siempre lo hice al ver al cielo, como lo hice en aquellos momentos mientras los ramilletes de luminosidad solar tocaban mi cara y en aquellas noches cuando el estelar viento se llevaba mis suspiros con sigilo, cuando la soledad Lunar me abrazaba. Y aunque es cierto que, al ver al cielo, todo me recuerda a ti, son las nubes quienes más me hacen recordarte, y de ellas no hay resguardo o tregua. Siempre las observé y por eso un fragmento de mí, de nosotros, se alojó en ellas. Hoy me persiguen por ser ingrato y traen a mi puerta viejos recuerdos; recuerdos de los años en los que fui un viajero que disfrutaba vagar —ebrio y terco — entre las calles, persiguiéndolas mientras ellas corrían y jugueteaban libres desde los rascacielos de San Francisco hasta las montañas de Medellín ¡Ah! Veo el cielo y añoro esa época en la que era yo quien las perseguía a través de los cielos y los mares ¿Cuantas nubes admiré en la arena capurganesa y en el caribeño mar? ¿Cuántas rodearon celestes a la luna y al sol cuando frente a nuestros ojos? ¿Y cuantas nos atraparon en su reflejo y nos bañaron con su relajante rocío, aquel que olía a buenos momentos? Te veo entre la más clara de mis ovejas, y al ver a esta alegre oveja, pintando su colorida sombra en mi lúgubre muro, me doy cuenta de que no deseo olvidarte.

Cariño para tu madre y saludos para tus hermanos, cuida a los niños por mí,

* D.V.

(Mario Daniel Cuautle Valdez)

Para los que extrañan el cielo, de la tierra cálida que nos dio vida:

Varsovia, Polonia.

Las copas de los árboles se despojan de sus pieles doradas, y el viento gélido silba mientras se inmiscuye entre los troncos y edificios de esta tierra. ¡Oh calidez sureña, te me antojas tan lejana! Como un sueño de la infancia o el atisbo de tierra al otro lado de este mar. ¿Qué consuelo puedo encontrar yo en esta tierra foránea de bóvedas grises y corazones presos en piedra? No, entre este pueblo extranjero, nunca he podido caminar la delgada frontera entre la frialdad y los buenos modales.

Los ojos se esfuerzan por ver lo que la piel siente en exceso. Los rayos tenues de esta bombilla no ofrecen ningún sosiego, ningún abrigo. Bajo este cielo gris, siento que respiro la derrota de pueblos enteros desde tiempos inmemoriales. La languidez y el abatimiento impregnan el día como bruma.

Y aunque vuelva a mis cálidas costas, de horizontes de rojos furiosos y perlas nacaradas, he tragado ya las semillas de granada. Y he encontrado poesía en esta melancolía. He encontrado familiaridad en este ser extranjero.

Comprendo que el cielo actúa sin actuar; sin intención; indiferente a la voluntad de los humanos, a nuestros sueños, nuestras dificultades, nuestras aspiraciones. Mientras sea un simple humano no podré evitar encontrar en este cielo canciones tristes y memorias agrias.

Vendrán mejores días.

(Yuridia Andrea Loaiza Pérez)

Guadalajara, Jalisco, a 21 de diciembre de 2016

Querido Torosalvaje,

Hubo un momento pequeño, labrado imperceptiblemente en el tiempo. Una pausa sutil en la que mi ira se encontraba siempre perseguida y al mismo tiempo apaciguada por tus ojos, siempre procrastinando la distancia, hablando de las estrellas y las constelaciones, consolando los vacíos con lunas llenas y cultivando las esperanzas con nuevos amaneceres. Ahora yo deconstruyo la noche para revivir ese brevísimo instante en el universo en el que toda la grandeza estaba destinada a ser nuestra.

Te recuerdo, desde la hiel de tu mirada hasta el más tierno brote de tu alma, te siento… como la gloria y el castigo en comunión perfecta. No hay peor ausencia que aquella insustituible, cuando no puedes separar algo cotidiano de algo extraordinario, con esa condena no me queda casi nada, nada, excepto el cielo y todas sus promesas intactas.

Hay un mundo del que me fui, un mundo diáfano, no muy colorido e hipócrita, un mundo lleno de monstruos con caras sonrientes y casas perfectas… pero ahora vivo en este mundo, donde la verdad duele y cauteriza a su paso, donde los espejos nos muestran lo que no queremos ver. A veces pienso en el otro mundo, en ese mundo donde te encontré y con mis ojos de hoy veo aterrorizada a la distancia todos los peligros que sorteamos. Volvería, sin dudarlo, sólo para incendiarlo todo… incluida a la ingenua que yo fui.

Los días se vuelven cada vez más complejos sin ti, tan complejos que ni la sangre de mis latidos la sosiega. Mi único momento es el silencio y desde el silencio la contemplación del cielo, un cielo atiborrado de deseos que de una u otra forma terminan encarnados en ti. Pienso en todos los puentes que no cruzamos, en los poemas asistidos, en la crisis de nuestra intima esclavitud, en la ferocidad del miedo y en todos los residuos polvorientos de este tierno amor.

Por siempre, J. K.

(J. Viridiana Loza Álvarez)

Estado de México, diciembre de 2016.

Niña del edén:

Esta tarde me asomé al cielo buscando tu rostro. ¿Estabas ahí? Seguramente viste el danzar de las nubes sobre mi cabellera despeinada y mi cuerpo flotando en el aire, deseando acercarme a tus brazos.

Ha pasado tiempo de mi despedida. El cielo de hoy era muy parecido al de hace cuatro años: rodeado de nubes grises, tristes, casi al punto del llanto. Pero fueron mis ojos los que apresuraron la lluvia. Qué gotas tan pesadas rodaron por mis mejillas. Estaban llenas de culpa. El cielo mismo me castigó con un diluvio que hizo tropezarme y sangrar mis rodillas. Pero no dolió tanto como el adiós opaco, seco, casi callado que pronunciaron mis labios.

Comenzaba el otoño. Miraba el cielo grisáceo a través de la venta. Estaba recostada en una cama tan indiferente como mi alma. El tic-tac del reloj retumbó en las paredes, en el techo, en el piso, y atravesó mi cabeza; se detuvo en mis pulmones y se deslizó a través del humo de hacía un par de horas. Se posó en mis arterias y se sentó a esperar. Yo, en cambio, no dije nada y esperé también a que el sonido del reloj estallara por todo mi cuerpo hasta llegar a ti. Tú, sin saber lo que ocurriría, te refugiaste en tu propio cuerpo, cerraste los ojos, encogiste las piernas y respiraste lento, muy lento. Mis manos temblaron, pues el tic-tac se levantó y gritó incontrolable su lamento.

Olvidé a qué sabe el silencio; el alma del reloj habita en mí. Quisiera recostarme en el pasto e imaginarte entre las nubes, pero no han dejado de llorar desde tu partida. Qué importa lo que pienso cuando observo el cielo enfadado a través de la venta. Mejor dime, niña del edén, ¿qué piensas tú cuando me ves desde allá arriba?

(Gloria Esmeralda López Vela)

3 de mayo de 1999

Nicolás:

Te echamos de menos, las ramas y yo.

Yo más que ellas, por supuesto.

Me gusta verlas, y pensar en que olvidan las ausencias cuando en sueños besan el cielo. Atraviesan las nubes, se ramifican, en tantas, eligen su camino, o sólo lo aceptan, se quiebran y caen. A veces me pregunto si esa, la más pequeña y frágil, habrá querido crecer de ese lado o estará allí por pura inercia.

El cielo claro me recuerda a tus ojos, de viento dulzón y emociones resquebrajadas, al rayo de luz que tienes entre las pupilas, y pienso en todas las palabras que no dices pero que revolotean en tu boca.

El cielo de la mañana es el más sensato; el sol no hiere, calla, abraza, como apartando el frío.

Ya no recuerdo, ¿alguna vez vimos las nubes juntos?

Me hubiera gustado decir que las ramas puntiagudas son mis favoritas, porque parece que pinchan las nubes amarillentas que pinta el atardecer, y porque luego la noche las difumina, y con la negrura del cielo, pienso en tu voz, que es como andar susurrando a la luz de la luna.

Ojalá la luna estuviera arriba por más tiempo, porque hay algo en su compañía que me incita a hacer lo que no se hace con el sol.

Espero que el cielo te traiga de vuelta, o al menos que con las nubes dibuje tus ojos, para no extrañarte tanto, para extrañarnos menos.

Amelia Ballesteros

Ciudad de México, 2016.

Mi bella,

El anochecer aquí en la sierra ahora me desquicia. Ya no es como antes, cuando me tendía a ver el cielo nocturno y mi alma parecía salir por mi pecho.

Ahora me siento solo, más solo sin ti; como una brasa única en la noche infinita. Las estrellas me son dolorosas. Cuando salgo a ver mi angustia junto al cielo, luego doy de navajazos al aire y grito: Dios mío, ¡qué solo estoy! En la noche que parece llenarse de alacranes y culebras.

El abismo infinito sobre nosotros...Todo es inútil y nada vale. Todo es insignificante. Estoy solo en la inmensidad. Moribundo furioso, moribundo triste, caigo a la tierra; como si desde el cielo, derrotado.

(Aarón Rodríguez Butler)

Aguascalientes, Aguascalientes, México.

Madre, ¿Por qué me hiciste ciego? ¿Por qué siempre mientes? ¿Por qué me hiciste diferente al resto? Lo sé, porque lo escucho de tu boca mientras lloras en tu habitación sin mi padre.

Madre, ¿Qué es el cielo? ¿Es eso que se come? ¿Es eso con lo que dos almas tienen sexo? Lo creo, porque me lo dices tú. “Comete esto, cielo.” O cuando aún mi padre no desaparecía y escuchaba por las noches mientras dormían. “Hazlo como me gusta, cielo”

¿Es que acaso el cielo son los placeres del hombre, madre? ¿O, es que acaso tú me los has hecho creer así? Lo pienso así, porque ayer alguien me auxilió al tratar de pasar un camellón lleno de sonidos fuertes y ensordecedores, de esos que siempre escucho.

Cuando llegamos hasta el otro lado, la voz ronca recargó su mano en mi hombro y se puso hasta mi altura y me dijo “¿Qué es lo que más te perturba al no poder ver?” Sentía su mirada y respiración sobre mi rostro, madre. “¿Qué es el cielo?” Pregunté yo con incredulidad y contestando a su pregunta. “El cielo es la morada de los mártires, de aquellos que ya no aguantan estar aquí, entre los vivos” Después de eso me dejó ir y me gritó mientras caminaba “Salúdame a tu madre” No entendí lo último, pero sí pude apreciar lo penúltimo.

¿Para ti, qué es el cielo, madre? ¿Qué es lo que ves o sientes cuando levantas tu mirada y lo observas? ¿Sientes lo que todos los demás sienten, o hay algo más?

Para mí es la morada de los mártires. Aunque no lo vea, alzo la mirada y sonrío, porque sé que sigue allá, arriba, observándonos a todos nosotros. Como los ojos que nunca pude tener.

Esta carta la escribe mi padre mientras yo la recito porque ya no nos volverás a ver. Porque soy un estorbo como lo fue mi padre para ti, madre. Lo oí la otra noche mientras el espejo se caía a pedazos en tu habitación. Ahora, haré que ya no llores nunca más. Adiós, madre.

Tu hijo estará con su padre, a tener los ojos del cielo y ver, lo que nunca le enseñaste a ver.

- José Emiliano Zapata Macías

Puebla, Puebla.

Para mi familia:

Sé que el perdón no expiará mis pecados, pero al menos mi conciencia podrá descansar en paz. Es sorprendente la facilidad con que cambian las cosas, la sencillez con la que la felicidad se transforma en tristeza y la dicha en agonía. Me doy cuenta, muy tarde tal vez, de mis errores, de mi necedad. Toda mi vida fui un ermitaño, un hombre ciego de alma y corazón, cuya única preocupación era velar por sí mismo.

¡Qué egoísta fui!

Jamás imaginé el dolor que había causado a las personas que me amaban, las que iluminaron mi camino salvándome de las tinieblas, las que me extendieron un brazo para evitar que cayera en abismos sin fin. Nunca les demostré mi agradecimiento, ni tampoco mis sentimientos. Jamás solté un “te quiero”, mucho menos un “te amo”. ¿Cómo se puede ser tan ingrato?

Estoy lejos, muy lejos de mi familia, no por los kilómetros que nos separan, sino por la distancia que hay entre nuestros corazones. Escribo esta carta iluminado por el brillo de cientos de estrellas, impulsado por el pensamiento de que aquel brillo es sustentado por el amor de mi familia, por la fe que aún tienen en mí. Nunca es tarde para pedir perdón. Con el pasar de los años he comprendido que la vida es un regalo, una oportunidad para amar y ser amado. Porque el amor es la fuerza que nos une y la soledad el dolor que nos destruye.

No me queda más que mirar al cielo y esperar de todo corazón recibir algún día su sagrado perdón.

(Luis Enrique Mendoza González)

Querida Eliza:

Te escribo desde este irreconocible lugar, con toda la lucidez que mi mente, aunque cansada, puede darte. Sé qué hace mucho no te escribo, pero te confieso que adoro leer tus cartas una y otra vez; sin embargo, no tengo mucho qué contar, los días pasan tranquilamente y eso es lo mejor que se puede esperar. Te confesaré que duermo con una foto tuya, implorando a Dios que no me deje olvidarte.

Lo siento tanto, Eliza, sé que pediste estar conmigo en estos momentos, pero no quiero verte sufrir, tengo dos enfermedades tan graves como incurables: la vejez y el olvido, y cuando las dos se juntan, es un poco más complicado.

Espero entiendas que es difícil vivir con miedo de no saber si llegaré a casa o si olvidaré de pronto quién soy o a dónde voy, (creo que eso ya lo viví cuando era adolescente). Es difícil despertar y encontrarme en una habitación desconocida, mirar aterrado cualquier indicio de familiaridad a mi alrededor, es difícil dejar de pensar que si estuvieras aquí no podría sonreírte al despertar, me encontraría perdido en las lagunas de mi memoria tratando de buscar alguna pista de quién es la mujer que me mira con compasión y añoranza.

El olvido me aterra más que la muerte, porque la muerte es un sueño y el olvido es una realidad que se deforma, es caminar por un sendero sin poder mirar las huellas que dejaste; vivir desmemoriado es vivir solo dos veces y me niego a dejar que tú, querida Eliza, sufras de este mal, el de vivir con alguien que no te recuerda.

Pero no todo es triste, porque cuando miro al cielo me alcanza la razón para creer que la luna me recordará tu nombre, las estrellas me recordarán tus ojos, la lluvia me recordará que los milagros caen del cielo y el sol me iluminará el camino para encontrarte en medio de este mar de los desmemoriados. Nunca pierdas la fe, querida Eliza. Tuyo por siempre,

* León.

(León Rojo)

Ciudad de México

Los momentos espectaculares llegaron viendo los amaneceres llenos de color.

Recuerdo que, tras las ventanas llenas de humedad en la fría y lluviosa Xalapa, después de varios días nublados, finalmente disfrutábamos de un día despejado. Los naranjas y rosas intensos siempre llamaron mi atención, tanto al amanecer como al atardecer. Otros momentos inolvidables fueron los atardeceres viendo los volcanes, eternos compañeros desde Cholula. Ver cómo se iba moviendo de lugar el sol conforme transcurrían las estaciones.

Y las estrellas. Aprendí desde niño a observar las constelaciones, incluso a animar la esperanza de los regalos a quienes se portaban bien, eso nos recordaba el cinturón de Orión. Recuerdo constelaciones como la Osa Menor y su importancia en la navegación cuando el hombre no contaba más que con su inteligencia, paciencia y observación. La Vía Láctea, nuestro rincón del universo donde nuestro sistema solar da vueltas alrededor de un centro dominado por hoyos negros.

Nuestro planeta, nuestro sol y toda la Vía Láctea, están en un continuo viaje espacial a través del universo. ¿De dónde viene toda esa materia y energía de la cual estamos formados, después de millones y millones de años que grandes distancias han viajado? Es emocionante saber que ese viaje que parece eterno, seguirá, que somos privilegiados de tener una conciencia, ya que somos testigos de otras galaxias y de grandes estrellas, de las cuales nos alejamos o nos acercamos.

¿Por qué miro al cielo? Para recordar que somos polvo de estrella que tomó conciencia, que en nosotros se manifiesta un milagro de ser testigos de este espectacular espacio sideral. Apenas estamos en la infancia de su conocimiento y que por el momento nuestra Tierra será nuestro hogar en esta expedición universal. Me recuerda también que la tenemos que cuidar, y ser cuidadosos con todos sus seres vivos y no vivos. Animales, vegetales y cualquier otro tipo de seres vivientes. Todos tenemos el mismo origen en la explosión de estrellas y la energía prevalece en la interacción de la materia. La Tierra es nuestra nave espacial, en ella vivirán nuestros descendientes, en ella han vivido nuestros ancestros. Y me gustaría que siguiera siendo una nave espacial maravillosa, que, si alguien la ve cursando su camino, se admire de lo bien que la preservan sus habitantes.

-

- Alejo Martínez

Bogotá, Colombia.

Violeta:

El cielo es el mapa de un gran laberinto, un mapa donde puedes observar lo intrincado del corazón humano. Un laberinto de formas conocidas, un laberinto con príncipes, princesas, grandes manjares, animales fantásticos y mascotas amigas. El cielo es el laberinto donde se tejen los sueños y las pesadillas, en un momento todo es azul, resplandor doquier, el sol brilla claro en el centro, no hay mancha alguna en la senda, se conocen todos sus rincones de la vida, no existe obstáculo alguno que entorpezca el camino; pero un instante después, todo es oscuro, sombrío, sin esperanza, el sol se oculta, las nubes cubren los caminos por los cuales se puede atravesar, todo queda perdido en las sombras y el sin sentido. Un laberinto formado de nubes, de miedos y de alegrías, de angustias, de aire y de sombras, de amor, pasión, celos, y de gotas de lluvia.

En el cielo ves al asesino, la espada y la sangre, ves a la víctima, el llanto y la desesperanza. El cielo es abierto, es amplio, no hay rincones que oculten la verdad del alma. En el cielo sufres la soledad, comprendes la ingenuidad del que quiere conquistar el laberinto, la ingenuidad del que no desea atravesarlo. Comprendes el paso del tiempo, de la vida y de los sueños. El rio de Heráclito conformado por nubes, estrellas, astros, un rio que no es igual cada vez que levantamos la mirada y nos fijamos en la majestuosidad de su existencia. En definitiva, el cielo es el espejo en el que se refleja el laberinto del alma humana.

¿Qué ves tu cuándo miras ese espejo de estrellas?

Con torpeza e ingenuidad, - Carlos.

(Jorge Alberto Eslava Vargas)

**Cartas que serán leídas el sábado 29 de septiembre de 2018, en el El Vocablo de la Ciudad de México.**

Mi cielo, ¿Te has preguntado… Giuliana Mendivil Alba

Aún en medio de toda la Grecia Kristel Luna Valenzuela

Querida Scarlett: Para ti, quién nunca Jorge Luis Viveros Moctezuma

Mamá: No se me permite verte, Diana Aimée Landín Romero

Querida hijita: Me dirijo a ti con amor Carlos Alberto Manzo Hernández

Querida Paula: Quiero volar como tú. José Manuel Maestre Rodríguez

*Ojitos de aceituna*: Los últimos rayos Miguel Ángel Florán Bautista

Hola Elisa, Hace ya meses que te Nagore Álvarez Saiz

A las nubes de Cracovia: Mandé Igraine Gabriel

Querido amor perdido: Nótese que Monrroy Arias Liliana

Querida Flor: Cuando miro al cielo Fernando J. L. Baglietto González

Fer… Durante cuatro meses, JHAA

Reyna de mis demonios, conquistadora Eduardo Carrillo V.

Querido Xóchitl: ¿Sabes?, Ulises Sánchez Orea

A mi añorada Diana Rivero: Mario Daniel Cuautle Valdez

Para los que extrañan el cielo Yuridia Andrea Loaiza Pérez

Querido Torosalvaje, J. Viridiana Loza Álvarez

Niña del edén: Esta tarde me asomé Gloria Esmeralda López Vela

Nicolás: Te echamos de menos, Amelia Ballesteros

Mi bella, El anochecer Aarón Rodríguez Butler

Madre, ¿Por qué me hiciste ciego? José Emiliano Zapata Macías

Para mi familia: Sé que el perdón Luis Enrique Mendoza González

Querida Eliza: Te escribo León Rojo

Los momentos espectaculares Alejo Martínez

Violeta: El cielo es el mapa Jorge Alberto Eslava Vargas